

## El genio en Ibero-América

= De Lecturas Dominicales, Bogotá =

COMÚNMENTE negamos su existencia en nuestro medio; cuando se nos habla de genio, algunos pensamos en el Dante, pensamos en Platón, pensamos en Beethoven. Si se nos estrecha un poco más y se nos exige que nos pongamos más humanos y que pensemos en el genio político, en seguida recordamos a Bolívar entre los genios que fracasaron y si hemos de señalar un hombre de genio político con éxito es necesario saltar fuera de nuestra cultura para encontrar nombres como Bismarck o Cecil Rhodes; o como Washington y el Barón de Río Branco en nuestra América. Resulta pues que de todas maneras vivimos, vive el hombre de nuestra raza en una situación peculiar un poco humillante dado que tiene que salir de su propia tradición para encontrar modelos dignos: al fin y al cabo eso es un genio, un modelo para la acción o un guía para el sentimiento y el pensamiento. Esta situación no es propia sin embargo únicamente de los iberoamericanos; los grandes genios de la humanidad se cuentan por docenas y no todas las razas a veces, ni las más antiguas razas, pueden ufanarse de haber producido una de esas antorchas. Pero lo que determina la decadencia o la grandeza de un pueblo es la fidelidad con que sabe ajustar su acción colectiva a las luces de esa aristocracia espiritual que necesariamente aparece aun en el seno de los más humildes grupos humanos. Dentro de sus cuadros modestos cada raza y cada época cuentan con hombres capaces de ese esfuerzo que nos distingue del bruto, esfuerzo sin el cual nos volvemos peores que el bruto: el esfuerzo que nos hace capaces de «distinguir la luz de las tinieblas»; no encuentro mejor manera de expresarlo. Hombres capaces de distinguir la luz y de captarla y de envolverse en ella para hacer de sus vidas una luminaria, los tienen todos los pueblos, todas las civilizaciones. La varia fortuna de los pueblos depende, sin embargo, de que unas veces siguen esas luminarias y otras las hacen a un lado, las persiguen, se esfuerzan en apagarlas. La historia de nuestra América hispánica en este su primer siglo de bochorno, se explica con sólo seguir la historia de casi todos aquellos que en nuestro medio lograron renovar la hazaña de Prometeo; raptar el fuego de la sabiduría para encender la ruta de las naciones. Casi sin excepción, cada uno de ellos ha sido perseguido, calumniado, injuriado, exiliado y finalmente asesinado. Asesinado físicamente con los rifles de la tiranía o asesinado espiritualmente con el olvido, con la negación y la befa de sus doctrinas.

Nuestro crimen adquiere los rasgos trágicos de un ciego, perverso y confuso suicidio colectivo, gracias a las apoteosis, que siempre dedicamos a aquellos mismos que acabamos de

degollar. La apoteosis nos sirve para acabar de enterrar la idea, que una generación mató en el hombre físico y que varias generaciones sucesivas siguen matando en el hombre ideal. Esto se hace patente en la facilidad con que erigimos monumentos a nuestros grandes, a la vez que nos olvidamos de lo que predicaron y de lo que fueron. Se diría que más bien que estatuas lo que queremos construirles es lápidas. Muy firmes lápidas a fin de que ni siquiera el espectro venga a turbar a los vivos en el festín canibal de los éxitos partidistas y personales. Es claro que hay excepciones y las excepciones se vuelven enseguida éxitos nacionales. Sarmiento en la Argentina; pero la regla es la que vengo diciendo desde Bolívar hasta Francisco Madero. Raza que ignoras a tus grandes, que traicionas a tus guías, o te rectificas rápidamente o te texanizas y te pierdes. Las multitudes no pueden avanzar sin guías; de allí que un pueblo que niega a sus Dioses tarde o temprano cae en el servicio de algún Dios extranjero. Multitud somos todos en la marcha misteriosa. Busquemos pues a nuestros propios dioses; busquémoslos todos aquellos que todavía alentamos la esperanza de salvar de la

texanización a nuestra América. Levantemos a nuestros Dioses; así he interpretado las palabras de Godoy y de Ventura García Calderón en el prospecto de una edición completa de las obras de José Martí; así comprendo el propósito del Instituto de Cooperación Internacional de París, de hacer esa edición por su cuenta, ya que según parece la primera proyectada no ha podido concluirse. Son si se quiere Dioses menores, los nuestros, comparados con los genios universales de que hablamos al principio de estas líneas; pero no es posible organizar a un pueblo si no es a base del culto de lo mejor que posee. Formalicemos ese culto haciendo que sea culto provechoso del espíritu y no mera ceremonia de rito oficial que equivale a lápida. Acaban de levantarle a Martí el monumento; hagamos que no se convierta en lápida: para ello procuremos difundir el conocimiento de la obra de Martí.

Por fortuna Martí no es uno de esos falsos genios tan abundantes en la política iberoamericana que nada dejaron escrito porque no tuvieron oportunidad de aprender a escribir o aprendieron ya muy tarde. La vida de Martí fué agitada como la del que más; vida de perseguido

y de profeta, pero como tenía qué decir lo dijo: sólo los que no tienen qué decir callan: el genio se expresa y Martí se expresó, escribió mucho en prosa y en verso; pocos conocen toda la extensión de sus escritos y habrá que esperar a que la obra del Instituto de Cooperación se concluya para poder emitir opiniones completas. Por fortuna no es necesario leer todo Martí para darse cuenta del extraño poder superior que en el hombre habitaba.

Martí es hombre de fines del diecinueve; así es que su leyenda está viva y acrecentada con testimonios de quienes lo vieron, lo oyeron conversar y lo amaron. En la casa de don Federico Henríquez y Carbajal, en Santo Domingo, vi retratos dedicados de puño y letra de Martí a personas de aquella ilustre familia; en un rincón de la sala se conserva un busto que, según don Federico, es de un parecido exacto. A mí me dicen muy poco los rostros humanos; veo detrás de ellos luz o veo sombras, o no veo nada. Los rasgos físicos no me fijan la atención, y si soy yo quien la fija, descubro no sé qué temblor que me recuerda a la bestia, siento compasión, inclusive de mí mismo, y salto a otra contemplación y a otro pensamiento. Me parece una crueldad o una ofensa estar diseccionando facciones—no hay término al horror que de allí se deriva.—Antes, antes de que me librara de aquel demonio a que se refiere Eurípides, yo soportaba y aun buscaba el rostro juvenil de las mujeres—nunca con espíritu crítico y si con una embriaguez voluptuosa que también contribuía a que las facciones se me borraran; me quedaba sólo la impresión de fragancia, fuego y perfume. En resumen nada que pudiera servir al fisonomista. Luego, durante toda la vida, he practicado el sistema anti-analista de tomar a las gentes en globo para amarlas o para detestarlas, de suerte que para mí el arte del retrato no sólo no existe, sino que me molesta; me desagrada a tal punto que no perdono ni a los buenos pintores: Doy Rembrandts y Vincis por cualquier rostro semidesfigurado, pero simbólico, de cualquier anónimo bizantino. La cabeza de la Venus me parece tonta, así es que me recreo en el deleite de sus senos; la cabeza de Minerva suele causarme éxtasis, pero porque no se parece a ninguna cabeza humana. Se ve enseguida cuán poco atinado sería todo lo que yo pudiera decir de la cabeza de Martí, tal como pude imaginarla delante de los retratos de don Federico. Me gustó, sin embargo, por desmaterializada; mucha imaginación hacia la frente espaciosa; débil el rostro por las partes que comúnmente, en el héroe, han de ser macizas: la quijada, el mentón; se diría un ángel, a no ser por cierta humana fealdad. Tenía también la tristeza de los predestinados; el sello dantesco de amargura



José Martí